

“¡Ay de ti Corozáin, ay de ti Betsaida! (Lucas 10, 13-16)

Cada vez que medito estas palabras siento cierta inquietud interior. De alguna manera, aquellos que hemos nacido en un contexto familiar de fe, que hemos recibido una educación cristiana, que frecuentamos los sacramentos y los encuentros con la comunidad los domingos, que nos nutrimos de la Palabra con frecuencia... podemos llegar a ser como aquellas dos ciudades, Corozáin y Betsaida.

Ciudades cercanas al lago de Galilea que habían sido privilegiadas por la presencia del Señor pero que permanecían inmutables en sus conductas alejadas del Evangelio.

Lo que cuenta, en definitiva, no es el conocimiento de la persona y del mensaje de Jesús de Nazaret, sino la capacidad de transformar nuestras vidas desde ese mismo mensaje y desde la amistad con el Maestro.

Vivimos en una cultura marcada por una abrumadora capacidad de acceso a la información y con ella al conocimiento. Nos basta un clic con el ratón de nuestro PC para acceder a miles de fuentes informativas. La pregunta que se impone es: ¿Hemos crecido también en nuestra capacidad de dejarnos tocar en lo profundo de nuestras vidas por aquella información que consideramos relevante o significativa? ¿O más bien tenemos la tendencia a relativizarlo todo como medio de autodefensa ante la avalancha de información?

El resultado es el personalismo relativista en el que parece ubicarse gran parte de las nuevas generaciones y no pocos de los que ya peinamos canas...

Desde esta perspectiva me pregunto muchas veces si vale la pena avanzar en las verdades conceptuales sin darles un contenido vital. Poco a poco se nos adormece la conciencia asumiendo serenamente enormes incongruencias.

La Palabra que hoy reflexionamos sigue siendo PALABRA DE VIDA en la medida que la internalizamos, la confrontamos desde la realidad vital y buscamos la coherencia.

A nivel institucional puede sucedernos algo semejante a lo que estamos reflexionando. Contar con documentos que lo dicen todo pero echar de menos su confirmación desde la vida. La solución estriba en una profunda y frecuente confrontación con ese deber ser cuya referencia esencial está en la Palabra y en esas otras “palabras” con las que definimos y comprometemos nuestro andar, desde los numerosos documentos institucionales con los que contamos.

Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

